

Introducción a la semana

Lun
14
Oct
2019

Evangelio del día

[Vigésimo octava semana del Tiempo Ordinario - Año Impar](#)

Hoy celebramos: Beata Marie de Poussepín (14 de Octubre)

“El signo de Jonás: la única señal que se les dará”

Primera lectura

Comienzo de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos (1,1-7)

Pablo, siervo de Cristo Jesús, llamado a ser apóstol, escogido para el Evangelio de Dios, que fue prometido por sus profetas en las Escrituras Santas y se refiere a su Hijo, nacido de la estirpe de David según la carne, constituido Hijo de Dios en poder según el Espíritu de santidad por la resurrección de entre los muertos: Jesucristo nuestro Señor.

Por él hemos recibido la gracia del apostolado, para suscitar la obediencia de la fe entre todos los gentiles, para gloria de su nombre. Entre ellos os encontráis también vosotros, llamados de Jesucristo.

A todos los que están en Roma, amados de Dios, llamados santos, gracia y paz de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

Salmo de hoy

Salmo 97 R/. El Señor da a conocer su salvación

Cantad al Señor un cántico nuevo,
porque ha hecho maravillas.

Su diestra le ha dado la victoria,
su santo brazo. R/.

El Señor da a conocer su salvación,
revela a las naciones su justicia.
Se acordó de su misericordia y su fidelidad
en favor de la casa de Israel. R/.

Los confines de la tierra han contemplado
la victoria de nuestro Dios.
Aclama al Señor, tierra entera;
gritad, vitoread, tocad. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas (11,29-32)

En aquel tiempo, la gente se apiñaba alrededor de Jesús, y él se puso a decirles:

«Esta generación es una generación perversa. Pide un signo, pero no se le dará más signo que el signo de Jonás. Pues como Jonás fue un signo para los habitantes de Nínive, lo mismo será el Hijo del hombre para esta generación.

La reina del Sur se levantarán en el juicio contra los hombres de esta generación y hará que los condenen, porque ella vino desde los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón, y aquí hay uno que es más que Salomón.

Los hombres de Nínive se alzarán en el juicio contra esta generación y harán que la condenen; porque ellos se convirtieron con la proclamación de Jonás, y aquí hay uno que es más que Jonás».

Reflexión del Evangelio de hoy

En la oración colecta del pasado domingo XXVIII del tiempo ordinario, que marca el sentido de toda la semana, pedíamos que la Gracia de Dios nos precediera y acompañara, conscientes de que sólo así podremos estar dispuestos y capacitados para realizar siempre el bien.

Jesús nos ha regalado este don y encomendado la misión

Comenzamos a escuchar la carta escrita por Pablo a los que están Roma. Una carta importante por su temática doctrinal. Nos encontramos con la confesión de Pablo que manifiesta haber sido llamado a ser apóstol y escogido para anunciar el Evangelio de Dios. Llamada y elección que proceden del Señor. En él se cumple lo que afirmó Jesús dirigiéndose al grupo apostólico: "No me habéis elegido vosotros a mí, he sido yo quien os he legido a vosotros y destinado a que déis fruto, un fruto que dure."

Frente a la tentación de pensar que nosotros hemos decidido, que hemos elegido, con fuerza aparece este señalamiento paulino. La misión no nace de nosotros, sino del Señor. El escoge y envía. Hay una llamada (como vocación suele calificarse esta llamada) y un envío. La convicción y firmeza de esa llamada, que se impone por su capacidad de transformar (es el caso de Pablo y de tantos otros), convierte al elegido en apóstol, es decir mensajero. Y está claro lo que este mensajero ha de comunicar-anunciar: el Evangelio de Dios, afirma el Apóstol. No tenemos otra materia que proclamar y ninguna como esta para llegar a la misma intimidad del ser humano. Se refiere, dirá Pablo a los de Roma, a su Hijo, nacido según la carne de la estirpe de David y constituido según el Espíritu, Hijo de Dios, con pleno poder por su resurrección.

Un mensaje universal para toda la Humanidad

Huir de toda suerte de elitismo parece estar en la entraña misma del anuncio del Evangelio. No se trata de unos privilegiados ni de unos pocos, ni siquiera de muchos. Pablo lo tiene claro: "hacer que todos los gentiles respondan a la fe, para gloria de su nombre." Es la consecuencia de haber aceptado ser enviado: que todos lleguen al conocimiento de la verdad y se salven. No descansar hasta haber ofrecido a todos la novedad del Evangelio. Por lo mismo, entender que Jesús vincula a sí mismo para que todos lleguen a la fe. Y en la consideración general de la llamada se descubre la realidad particular, como el propio Apóstol señala: "Entre ellos estás también vosotros, llamados por Cristo Jesús."

Concluye el texto proclamado con una manifestación expresamente dirigida a los de Roma: "a quienes Dios ama y ha llamado a formar parte de su pueblo santo..." Hacerles ver que son amados por Dios. De alguna manera entiende el apóstol que por medio de la convicción de ser amados, la respuesta se hace posible. Dios ama al ser humano independientemente de la condición y situación en que se encuentre. Es un amor gratuito. Dios ha amado primero, ha ofrecido su amor hasta el extremo y será la experiencia de ser amado la que provoque la respuesta amando como son amados. Se entiende entonces así que este amor se convierte en llamada para integrarse en el pueblo de Dios. Dicho de otro modo: integrados en la comunión con Dios y con todos. Comunión de vida y misión. Cuando se ha experimentado esto en la propia existencia no queda otra salida que comunicar esta gozosa realidad que tiene la capacidad de cambiarlo todo.

A esta generación no se le dará más signo que el signo de Jonás

No se trata de un discurso bellamente elaborado, capaz de deleitar los oídos de los oyentes. Tampoco de ofrecer argumentos para la reflexión intelectual. La referencia a Jonás y a Nínive, la gran capital, carga el acento en la condición de signo. La palabra de Jonás estaba sustentada en el signo que era el mismo profeta. Esta condición se la aplica Jesús a sí mismo. La generación contemporánea de Jesús que reclamaba milagros para creer, tendrá que aprender a leer los milagros en clave de signo. No hacerlo conllevará cerrarse a la experiencia salvadora del amor de Dios que se entrega. Es preciso reconocer el signo del amor más grande. Esa diferencia será señalada también por Jesús. Los tiempos nuevos, la realidad nueva, la creación nueva provienen del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús.

El texto del evangelio de Lucas tiene dos partes: la primera con la referencia a la gente que se apiñaba en torno a Jesús. La segunda la referencia expresa a la sabiduría y a la profecía. Si se entiende la función de ambas como señaladoras de aquél en quién está la plenitud de la sabiduría y el cumplimiento de lo indicado por los antiguos profetas, se podrá reconocer la presencia de Dios mismo en medio de la familia humana.

Al rico se le dijo: "Ahí tienen a Moisés y los Profetas, que los escuchen." Al prestarles la atención debida se les remite al Mesías. Por eso en la explicación que Jesús ofrece, tomando la referencia de Salomón para personificar la sabiduría admirada por los judíos, dirá: "aquí hay uno que es más que Salomón." y aplicando el mismo razonamiento en el caso de Jonás y Nínive, afirmará que "aquí hay uno que es más que Jonás".

Ciertamente está indicando que la plenitud a la que aquellos remitían, está presente en medio de ellos y que por tanto es preciso saber leer e interpretar los signos. Nosotros dirímos hoy: los signos de los tiempos.

¿Qué lectura hacemos nosotros de la realidad?

¿Somos signo para nuestros contemporáneos?



Fr. Antonio Bueno Espinar O.P.
Convento de Santa Cruz la Real (Granada)

Beata Marie de Poussepín

Nacida en una familia cristiana, dedicada a la confección artesanal de medias de seda es iniciada, desde muy niña, en la práctica de la caridad acompañando a su madre a visitar a los pobres enfermos. A la muerte de su padre, se responsabiliza de la empresa familiar, dando trabajo y sueldo a muchas personas. Más tarde cede los derechos de la empresa a su hermano y comienza una nueva etapa en su vida, centrada, por completo en sus obligaciones con la Cofradía de la Caridad, acogiendo en su casa a una mujer pobre y enferma, a la que sirve hasta que muere.

Hacia 1692, el P. Mespolié, dominico, visita Dourdan. Así conoce la orden dominicana y halla en ella una respuesta a sus deseos de una vida espiritual más intensa. Comprende que es el camino que Dios le señala y decide formar parte de la Tercera Orden de Santo Domingo. Este hecho marcará luego a la Congregación. En 1696 se instala en Sainville, un pueblecito muy pobre y necesitado. Desea dedicar toda su atención a los más desfavorecidos, especialmente los niños y los enfermos.

Funda la Congregación de las Hermanas de la Caridad, "Dominicas de la Presentación" para el anuncio de Jesucristo y el servicio de la caridad, siendo las hermanas profetas del Reino y testigos vivos del amor de Dios en las fronteras y campos de incultura, la pobreza y la marginación. En su último testamento, recomienda a las hermanas tener un vivo celo por la instrucción de la juventud, el cuidado de los pobres enfermos, el espíritu de pobreza y el amor al trabajo.

Mar
15
Oct
2019

Evangelio del día

[Vigésimo octava semana del Tiempo Ordinario](#)

Hoy celebramos: **Santa Teresa de Jesús (15 de Octubre)**

"Mi yugo es llevadero y mi carga ligera"

Primera lectura

Lectura del libro del Eclesiástico 15, 1-6

Así obra el que teme al Señor, el que observa la ley alcanza la sabiduría.

Ella le sale al encuentro como una madre y lo acoge como una joven esposa. Lo alimenta con pan de inteligencia y le da a beber agua de sabiduría.

Si se apoya en ella, no vacilará, si se aferra a ella, no quedará defraudado.

Ella lo ensalzará sobre sus compañeros y en medio de la asamblea le abrirá la boca.

Lo llenará del espíritu de sabiduría y de inteligencia y lo revestirá con un vestido de gloria. Encontrará gozo y corona de júbilo, y un hombre eterno recibirá en herencia.

Salmo de hoy

Salmo 88, 2-3. 6-7. 8-9. 16-17. 18-19 R/. Contaré eternamente las misericordias del Señor

Cantaré eternamente las misericordias del Señor,
anunciaré tu fidelidad por todas las edades.
Porque dijiste: «La misericordia es un edificio eterno»,
más que el cielo has afianzado tu fidelidad. R/.

El cielo proclama tus maravillas, Señor,
y tu fidelidad, en la asamblea de los ángeles.
¿Quién sobre las nubes se compara a Dios?
¿Quién como el Señor entre los seres divinos? R/.

Dios es temible en el consejo de los ángeles,
es grande y terrible para toda su corte.
Señor de los ejércitos, ¿quién como tú?
El poder y la fidelidad te rodean. R/.

Dichoso el pueblo que sabe aclamarte:
caminará, oh Señor, a la luz de tu rostro;
tu nombre es su gozo cada día,
tu justicia es su orgullo. R/.

Porque tú eres su honor y su fuerza,
y con tu favor realzas nuestro poder.
Porque el Señor es nuestro escudo,
y el Santo de Israel nuestro rey. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 11, 25-30

En aquel tiempo, tomó la palabra Jesús y dijo:

«Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, así te ha parecido bien. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.

Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera».

Reflexión del Evangelio de hoy

Acción de gracias al Padre

Después de la recriminación a las ciudades de la perícopa anterior que no responden aparece la respuesta favorable de la gente sencilla, y en contraste con la invectiva anterior, Jesús alaba al Padre por ello. Aparece el Padre como el Señor del universo.

Jesús no se ha hecho entender de los sabios y prudentes; su mensaje ha sido captado por los pequeños, los discípulos, en contraposición a los sabios y prudentes. Pero ha sido obra del Padre. Es una revelación que tiene su paralelo en la que recibe Simón Pedro para reconocer en Jesús al Mesías después de la multiplicación de los panes.

Se trata de comprender el sentido de las obras de Jesús, de ver en ellas la actividad del Mesías ampliamente contemplada por los profetas siglos antes como si fueran testigos oculares y narradas con profusión y alegría.

¿No nos hemos preguntado alguna vez por qué la revelación del Mesías esperado no se hizo de forma deslumbradora y por tanto evidente e irresistible?

Pero el Padre ha querido hacerla depender de la disposición del hombre. Es la limpieza de corazón, la ausencia de todo interés torcido, la que permite discernir en las obras que realiza Jesús la mano de Dios. La denominación «los sabios y entendidos» alude a Isaías 29,14: Dios recrimina al pueblo su hipocresía en la relación con él: lo honra con los labios, pero su corazón está lejos de él. Es la queja dolorida de Dios que aparece ya desde el inicio, desde las primeras páginas de la revelación, el corazón del hombre huye de Dios.

El mensaje de Jesús no podemos captarlo por vía de entendimiento y sabiduría, sino que se da a conocer por una revelación. No significa que esta revelación haya sido negada a los sabios y prudentes de la comunidad judía; Jesús ha proclamado el reino, y en eso consiste la revelación. Cuanto más se conocía la Ley, más difícil resultaba aceptar que la revolución mesiánica había de suplantar a la Ley.

Todo me ha sido entregado por mi padre

Jesús nos revela que: «*todo me lo ha entregado el Padre*». Sólo por revelación del Padre se puede llegar a conocer la verdadera identidad del Hijo, y a la inversa. Sólo el Hijo puede revelar al Padre.

Esto contradice la pretensión de los judíos, que creen tener la revelación completa de Dios en la Ley y los Profetas. Jesús tiene con el Padre unas relaciones que no pueden compartir los demás hombres.

Invitación dirigida a los fatigados. Tomad mi yugo

Los que sufren y están oprimidos son los pobres, a los que proclama la buena noticia. Jesús los invita porque él mismo es uno de ellos. Estas palabras están muy cerca de los verbos que se aplican en la primera y tercera bienaventuranza.

El yugo y la carga de Jesús son la sumisión al reino de Dios. No impone otra carga a los que lo aceptan, les ayuda, es su descanso, les promete descanso a los que siguen los antiguos caminos de Israel. Hemos visto unas relaciones únicas de filiación. La revelación del Padre no impone nuevas cargas, sino como un conocimiento del Padre que alivia esas cargas y las pesadumbres y hace más fácil vivir bajo su voluntad.



Sor María Rosario Botella O.P.
Monasterio Santo Domingo de Guzmán (Sant Cugat del Vallès)

Santa Teresa de Jesús

Fundadora del Carmelo Teresiano

«Era esta santa de mediana estatura, antes grande que pequeña. Tuvo en su mocedad fama de muy hermosa, y hasta su última edad mostraba serlo. Era su rostro no nada común, sino extraordinario..., daba gran contento mirarla y oírla porque era muy apacible y graciosa en todas sus palabras y acciones... Era en todo perfecta...» (María de San José Salazar, compañera de viajes y caminos, en *Libro de Recreaciones*). «Fémina inquieta y andariega... enseñando como maestra contra lo que San Pablo enseñó mandando que las mujeres no enseñasen» (El nuncio Felipe Segá, en 1577).

Ella, por su parte, se presenta con ansias de hacer el bien y consciente de su «pobreza» e impotencia. En 1562, ante el reto de la fundación de San José en Ávila: «Y como me vi mujer y ruin e imposibilitada de aprovechar en lo que quisiera en el servicio del Señor, y toda mi ansia era, y aún es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fueran buenos, determiné hacer eso poquito que era en mí» (*Camino 1, 2*). Con ánimo y esperanza. En 1567, ante el reto de iniciar el grupo de varones que sigan el estilo de las monjas: «Hela aquí una pobre monja descalza, sin ayuda de ninguna posibilidad para ponerlo por obra. El ánimo no desfallecía ni la esperanza, que, pues el Señor había dado lo uno, daría lo otro» (*Fundaciones 2, 6*).

En su misión de educar a sus monjas -y a sus lectores- en el camino espiritual -el de la oración-, Teresa se presenta como mujer de experiencia. Ella comunica «lo que el Señor me ha dado por experiencia» (*Vida 10, 9: 22,6*) -«no diré cosa que no lo haya experimentado mucho» (*Vida 18, 8*). Conocimiento experiencial muy distinto de otros tipos de acercarse a la verdad: «Esto visto por experiencia es otro negocio que sólo pensarlo o creerlo» (*Camino 6, 3*). Una vida, llena de experiencia humana y divina, que convierte su palabra en testimonio y mensaje.

En Ávila de los Caballeros. Niñez y juventud

Teresa de Jesús nace el 28 de marzo de 1515 en la ciudad de Ávila, hija de Alonso Sánchez de Cepeda y de Beatriz de Ahumada. Recordando a sus cincuenta años su niñez, nos ofrece algunos rasgos del hogar en el que vivió veinte años. Abre el libro de su vida con palabras sobre sus padres: «El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastara, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecía para ser buena... Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres... De mucha verdad». «Mi madre era de grandísima honestidad, muy apacible y de harto entendimiento» (*Vida 1, 1*).

Familia numerosa. «Éramos tres hermanas y nueve hermanos». Y un gran número de criados. Teresa se recuerda a sí misma como la más querida en ese grupo. Fue un buen comienzo para una vida en que el amor, la amistad, iba ser el eje de sus relaciones con Dios y con los demás. Era un hogar en que se favorecía la lectura, y se fomentaba la piedad. Don Alonso procuraba «buenos libros de romance para que leyesen sus hijos», Doña Beatriz cuidaba los rezos y «en ponernos en ser devotos de nuestra Señora y de algunos santos».

Todo ello ayudó a la niña Teresa a tener un despertar precoz a las cosas del espíritu. A los seis-siete años, la lectura del *Flos Sanctorum*, en compañía de su hermano Rodrigo, poco mayor que ella y muy querido, despertó en ellos el deseo del martirio que sufrieron algunas santas -«parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios y deseaba yo mucho morir así»-. Proyectaron ambos la fuga a una tierra fabulosa de moros «pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen». Al no poder realizar sus sueños, jugaban a «ser ermitaños». Y allí, impresionados por el «pena y gloria para siempre, gustábamos de decir muchas veces: ¡para siempre, siempre, siempre!». No era una experiencia baladí: «En pronunciar esto mucho rato era el Señor servido me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad!» (*Vida 1, 4*). [...]

Velaban por ella su padre y su hermana mayor, María de Cepeda. Al casarse ésta a mediados de 1531, don Alonso, pensando en la educación y en la protección de Teresa, joven agraciada de 16 años, la lleva de interna al convento-colegio de las agustinas de Gracia en el mismo Ávila (*Vida 2, 6*). Cambio brusco, que Teresa aceptó contrariada. Pero recobró pronto la alegría y el rumbo espiritual, al contacto de personas sinceras y centradas en Dios, y de buenas lecturas. La primera persona fue la monja doña María Briceño, que estaba al cargo de las doncellas. Con su ejemplo, empezó a tener oración, contacto con el Evangelio, y «más amistad a ser monja» (*Vida 3, 2*).

Al cabo de año y medio, cae enferma, y tiene que dejar el internado. En su convalecencia, pasa una temporada corta en la sierra, en Gotarrendura —refugio en los inviernos— con su tío don Pedro Sánchez, hombre espiritual y amigo de «buenos libros de romance». Encuentro providencial. «Con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios, así leídas como oídas, y la buena compañía, vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que no era todo nada, y la vanidad del mundo y cómo acababa en breve...» (*Vida 3, 5*).

Comienza entonces a pensar seriamente en su vocación, y se decanta por entrar carmelita en la Encarnación. Para realizar su deseo, debió apoyarse en la fuerza de voluntad, que era mucha. La lectura de las «Epístolas de San Jerónimo» le dio ánimos para notificar su decisión a su padre. Don Alonso, cada vez más unido a su hija, convertida a sus 18 años en una despierta ama de casa, se opuso decididamente a su ingreso (*Vida 3, 7*). Así dos años, hasta el 2 de noviembre de 1535, en que, «muy de mañana», haciéndose «una gran fuerza» —cuando salí de casa de mi padre no creo será más el sentimiento cuando me muera—, la joven Teresa huye de su casa, y entra en el convento de la Encarnación (*Vida 4, 1*).

Monja carmelita en la encarnación y en camino de oración

El monasterio de la Encarnación, extramuros de la ciudad de Ávila, será el centro de su vida durante 37 años, con breves salidas y estancias fuera, por enfermedad o por atender personas o negocios. [...]

Lo importante para ella y para su misión en el futuro fue la vida del Espíritu, el mundo interior en el que Dios-Cristo era el protagonista. Dentro de la vocación general en la Orden del Carmen, Teresa comienza a sentir una llamada cada vez más fuerte a la vida interior, una vocación personal a un trato íntimo con Dios. Inicia sin darse cuenta el largo camino de la oración, con experiencias múltiples de encuentro amoroso con el Señor, que le convertirán en la gran maestra de la experiencia de Dios. Al año de profesión, en el otoño de 1538, cae enferma de gravedad. En busca de curación pasa el invierno en Hortigosa con su tío don Pedro y en Castellanos de la Cañada con su hermana María. [...]

Traslada a casa de su padre, sufre en agosto de 1539 un grave colapso de cuatro días. Sin dar señales de vida, con riesgo de ser enterrada, tragedia que evitó su padre. Siguieron tres años en estado casi paralítico en la enfermería. Hasta 1542, en que se siente curada gracias a San José, curación que la convierte en apóstol del glorioso patriarca (*Vida* 6, 5-8). Durante todo ese tiempo, se mantiene fiel al compromiso personal de oración silenciosa. Una hora a solas con el Señor. Ella elige un camino: representar a Cristo, tenerle a Cristo presente: «Procuraba lo más que podía traer a jesucristo, nuestro bien y señor, dentro de mí presente, y ésta era mi oración» (*Vida* 4, 7).

El bien que sentía como fruto de esta oración personal era muy grande. Se interesó por que otras personas entraran en ese camino. Uno de ellos fue su mismo padre y algunas monjas del convento (*Vida* 7, 10). Y algunos seglares. Es el inicio de un magisterio sobre la praxis oracional, que llegará más tarde en plenitud. Un magisterio, que se suspende por unos años. Los años de crisis de oración de Teresa, que era crisis en esa vida de amistad totalizante con el Señor. Visitas con excesiva frecuencia en el locutorio, justificadas con color de agradecimiento a veces, rompían excesivamente el recogimiento que la llamada a la intimidad del Señor requería. Ellas traen la sequedad, la falta de gusto. Hasta la sensación de infidelidad a la llamada del Señor. Ello le llevó a dejar la oración particular durante un año por el año 1543, pareciéndole «era mejor andar como los muchos». Fue la más peligrosa decisión —«el más terrible engaño»: dejar la oración (*Vida* 7, 1).

Aconsejada por el dominico Vicente Barón, Teresa reanuda la práctica de la oración. No la abandonará ya más, a pesar de las dificultades, dudas y aprietos que sufre durante una decena de años hasta el momento del encuentro transformador con el Señor en la Cuaresma de 1554. La crisis le ayudó a descubrir el verdadero rostro de Dios —cercano y generoso, que busca nuestra amistad, que sabe sufrir a un alma, que sabe esperar— y de ello Teresa se presenta como testigo: «Fie de la bondad cíe Dios, que es mayor que todos los males que podemos hacer..., y miren lo que ha hecho conmigo, que primero me cansé de ofenderle que su Majestad de perdonarme. Nunca se cansa de dar ni se pueden agotar sus misericordias; no nos cansemos nosotros de recibir» (*Vida* 19, 15). [...]

Convertida y preparada por el señor para su misión

Es la doble actitud para abrirse a la conversión evangélica. Al encuentro con Jesús, el Salvador. Eso es lo que experimentó Teresa en 1554 ante la imagen de un Cristo muy llagado. «Arrojeme cabe él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle... Paréceme le dije entonces que no me había de levantar de allí hasta que [él] hiciese lo que le suplicaba» (*Vida* 9, 3). En efecto, comenzó a experimentar un cambio profundo en su vida. Ella se siente convertida, salvada por el Señor. La lectura de las Confesiones de San Agustín le ayuda a comprender el misterio de Dios actuando en ella. [...]

San José de Ávila: perfección evangélica por la Iglesia (1562)

En 1560, se abre la etapa final, de su misión carismática y apostólica, en la vida de Teresa. Tiene 45 años. Gracias de horizontes apostólicos sacuden su espíritu, ofreciéndole la motivación más poderosa para lanzarse hacia la santidad: vivir para el otro. La primera llega con la «visión del infierno» (*Vida* 32, 1-9). La liberó de sí misma y le hizo sentir una preocupación penosa por la salvación de los demás: «Las muchas almas que se pierden, así de herejes, como de moros; aunque las que más le lastiman son las de los cristianos» (*Moradas* V, 2, 11). Desde ese momento, está dispuesta a sufrir mil muertes «por salvar una sola alma de tan gravísimos tormentos» (*Vida* 32, 6). Toma la decisión de hacer ella algo en esa tarea de salvar almas. Y «pensé que lo primero era seguir el llamamiento que su Majestad me había hecho a religión, guardando mi regla con la mayor perfección que pudiese» (*Vida* 32, 9).

Esa determinación le lleva a buscar un estilo nuevo de vida, y en un contexto nuevo. A iniciar una comunidad nueva. Le lleva a fundar. En ese proceso fundacional, recibe la ayuda externa, iluminando el camino a seguir: la referencia de María de Ocampo a «ser monjas a manera de las Descalzas» (*Vida* 32, 10), la profundización del espíritu de la regla respecto a la pobreza, por mediación de María de Jesús Yepes (*Vida* 35, 2), el consejo de consejeros espirituales, entre ellos Pedro de Alcántara. Simultánea a ese estímulo exterior, tiene lugar la intervención íntima del Señor, que le ordena inicie la fundación: él le acompañaría (*Vida* 32, 11). Nace un carisma nuevo en la Iglesia. [...]

En la dimensión humana, Teresa, desde su experiencia de la comunidad de la Encarnación y desde su vivencia espiritual en clave de oración amorosa, crea algo nuevo dentro del modelo de comunidad religiosa. Se decanta por una comunidad pequeña, que facilite un clima de fraternidad, Un estilo de vida de «hermandad, caracterizado por la sencillez e igualdad en el trato, una fuerte comunicación interpersonal de amistad» (*Camino* 4, 7), cultivando las cualidades humanas y tratando de ser afables, agradables y conversables (*Camino* 41, 7). El ritmo de vida que ella crea incluye momentos y espacios de soledad externa e interna dentro del monasterio, que les hacen sentirse «ermitañas» en sus celdas (*Camino* 13, 6), y a la vez, en equilibrio admirable, tiempos dedicados al trabajo y a la recreación.

Teresa educa a vivir aspectos de vida, al parecer opuestos, hermanándolos con naturalidad. Comunidades centradas en la oración, pero fundadas a la vez en la virtud: «Torno a decir, que para esto es menester no poner vuestro fundamento sólo en rezar y contemplar; porque, si no procuráis virtud y hay ejercicio de ellas, siempre os quedaréis enanas» (*Moradas* VII, 4, 9). Austeridad de vida sí, dado que «regalo y oración no se compadecen» (*Camino* 4, 2), pero controlando al «rigor en las penitencias»: «Entienda, mi padre [Ambrosio Mariano], que yo soy amiga de apretar mucho en las virtudes, mas no en el rigor, como lo verán por estas nuestras casas» (Carta a Ambrosio Mariano del 12-12-1576). La clave está en el amor, que es camino y meta: «Entendamos, hijas mías, que la perfección verdadera es amor de Dios y del prójimo, y mientras con más perfección guardáramos estos dos mandamientos, seremos más perfectas. Toda nuestra regla y constituciones no sirven de otra cosa sino de medios para guardar esto con más perfección» (*Moradas* 1, 2, 17). Como directrices concretas para asegurar esa calidad de vida y de comunidad orante y apostólica. Teresa indica «tres cosas»: el amor unas con otras, el desasimiento de todo lo criado, y verdadera humildad (*Camino* 4, 4).

Así vive Teresa durante cuatro años (1562-1566), los «más felices de su vida», en la pequeña comunidad de San José (*Fundaciones* 1,6). Una nueva gracia apostólica le abre en 1566 al mundo de las misiones. Su visión apostólica, que hasta ese momento parecía concentrarse en el marco de herejes, moros y cristianos, se extiende a la totalidad del misterio de la Iglesia y del mundo, con apertura a la geografía más allá de la cristiandad, al mundo misionero. La ocasión y fecha del cambio es el encuentro, a finales del verano de 1566, con el franciscano Alonso Maldonado, misionero que llegaba de México. Las palabras de fuego de Maldonado presentan ante sus ojos un panorama nuevo para ella. Tierras conquistadas, pero no evangelizadas. Se produce una sacudida interna muy fuerte en Teresa. De nuevo brotan en su espíritu deseos inmensos de hacer algo, con oraciones y lágrimas. Es la obra «que más aprecia el Señor», y por tanto más deseable que la gracia del «martirio» (*Fundaciones* 1, 7).

Madre de una familia religiosa de mujeres y varones (1567)

La respuesta a sus deseos y oraciones le llega con la visita a Ávila, en la primavera de 1567, del general de la orden, padre Juan Bautista Rubeo. El general recibió una impresión inmejorable de la comunidad de San José, comprendió sus aspiraciones apostólicas y decidió apoyar la manera de vivir, implantada por la santa. Un reto comprometedor aparece ante los ojos de la madre: multiplicar pequeños conventos, como el de San José, y asociar a su obra a comunidades de frailes, con el mismo estilo de hermandad y finalidad apostólica. El 27 de abril de 1567, Rubeo extendía patentes para que Teresa pudiera fundar monasterios de monjas en Castilla. El 10 de agosto de 1567, el general otorgaba licencia para la fundación de dos casas de frailes con iglesias en Castilla, en la línea que apuntaba la monja de Ávila. Nace una familia religiosa en la Iglesia, que con «su oración e industria» se emplee en llevar a Cristo a las almas que no le conocen (*Fundaciones* 1,7).

Teresa, a sus 52 años, se pone en marcha por los caminos de España. Bajo su impulso fueron naciendo los carmelos femeninos, hasta llegar a diecisiete con la apertura del último en Burgos en 1582. Ella tomó la iniciativa de buscar candidatos varones para el Carmelo masculino. Los dos primeros serían el prior de Medina, Antonio de Heredia, de 57 años, y el joven misacantano Juan de Santo Matía, que luego se llamaría Juan de la Cruz. De 25 años, Juan de la Cruz sería iniciado personalmente en el nuevo estilo de vida por Teresa misma, muy interesada de que el joven religioso llevase «bien entendidas todas las cosas» (*Fundaciones* 13, 5). Él, maestro insigne espiritual, se convertirá en el cofundador del Carmelo Teresiano. La primera comunidad de varones —de tres religiosos— se abre en la pequeña aldea de Duruelo el 28 de noviembre de 1568.

Teresa desarrolla una actividad extraordinaria, sintiéndose responsable del caminar de todo el grupo, de las monjas y de los frailes. Con enfermedades en el cuerpo, relacionándose con naturalidad con personas de todas las clases sociales, luchando contra prejuicios del momento sobre la mujer —la lectura de la Biblia y oración mental no son para mujeres, ni menos el liderar una empresa espiritual de varones—. Mantiene simultáneamente una vida interior de oración intensa, experimentando que Dios se comunica por muchos caminos y que «en la misma enfermedad y ocasiones es la verdadera oración, cuando es alma que ama» (*Vida* 7, 12) y en medio de las ocupaciones —«entre los pucheros anda el Señor» y no sólo en los rincones (*Fundaciones* 5, 5, 8, 16). Esa vivencia de Dios, presente en su interior y en toda su actividad fundacional, le hace repetir que la nueva familia es «obra suya». «De todas cuantas maneras lo queráis mirar, entenderéis ser obra suya» (*Fundaciones* 27, 12).

El ritmo creciente de fundaciones hizo que Roma decidiera la erección de una provincia independiente para los descalzos y descalzas, dentro de la Orden del Carmen. La decisión de Roma se ejecutó en el capítulo provincial de Alcalá, celebrado en marzo de 1581. Se promulgaron Constituciones para Descalzos y Descalzas, y se nombraron superiores propios, con el padre Jerónimo Gracián, como primer provincial. Teresa vio abrirse con ello una etapa de paz entre calzados y descalzos y de ilusionadas perspectivas para el futuro. Es el momento en que la madre fundadora lanza un gran mensaje para todos, frailes y monjas. Para el próximo futuro, una invitación urgente: «Por eso, hermanos y hermanas mías, prisa a servir al Señor» (*Fundaciones* 29, 32). Y para todo el devenir de la historia, unas consignas que van a resonar siglo tras siglo en los oídos de sus hijas e hijos: enraizados en el pasado: «Pongan siempre los ojos en la casta de donde venimos, de aquellos santos Profetas»; y en camino de renovación continua: «Ahora comenzamos y procuren ir comenzando siempre de bien en mejor» (*Ibidem* 29, 32).

Un año y medio más tarde, finalizada la fundación de Burgos y después del gozo de ver a sus hijos, los frailes, partir como misioneros al Congo, Teresa llega a su fin. En Alba de Formes, en actitud humilde y confiada, invocando la misericordia del Señor; con gratitud en su alma por algo central en su vida: «Gracias, Señor, soy de la Iglesia» y con el deseo del encuentro cara a cara con el Señor: «Hora es ya, Esposo mío, de que nos veamos.

Muere avanzada la tarde del 4 de octubre de 1582. El día siguiente, debido a la reforma gregoriana del calendario, será 15 de octubre.

La santa, madre y maestra en el tercer milenio

Los santos no mueren; rebasan su tiempo y se perpetúan. Más si se trata de alguien, como Teresa, que ha vivido profundamente el misterio de Dios y del hombre, que ha sabido expresarlo en palabras limpias y claras, y que ha vivido por los otros: la iglesia, el mundo. Muchos la veneraban, aún en vida, como «madre» y «maestra».

A los seis años de su muerte, en 1588, fray Luis de León edita sus obras fundamentales, *Vida*, *Camino* y *Moradas*, quedando para comienzos del siglo siguiente el libro de las Fundaciones. La Iglesia reconoce muy pronto oficialmente suantidad de vida —el ejercicio de virtudes evangélicas en grado excepcional—. Pablo V la beatifica el 24 de abril de 1614, y Gregorio XV la canoniza el 12 de marzo de 1622. Llegan pronto los patronazgos sobre colectivos humanos, desde el patronato de España en 1617 y de la archidiócesis de México en 1618, hasta el patronazgo sobre los escritores católicos españoles concedido por Pablo VI en 1965.

Lo característico y fundamental en Santa Teresa después de la muerte es la universalidad de su magisterio espiritual, y el dinamismo inspirador del testimonio de su vida y de su palabra escrita. Es la «madre de los espirituales», el título que Filippo Valle cincela en la estatua de Santa Teresa de la basílica de San Pedro. Es la «mensajera del Señor» —Regis Superni nuntia—, como comienzan a cantar en el siglo XVII. Rebasa, por tanto, plenamente los límites de la familia religiosa. Es iniciadora de un verdadero movimiento espiritual: hombres y mujeres que, desde Dios y desde Cristo, intentan seguir el camino espiritual, hermanando la oración, como trato de amistad, y el servicio al hombre.

Maestra en la Iglesia. Una realidad de siempre. Si la Iglesia no confirmaba el hecho declarándola «doctora», era por algo extrínseco: el hecho de tratarse de una mujer. El empalme de Teresa con dos mujeres —Teresa de Lisieux y Teresa Benedicta (Edith Stein)—, evangelizadoras de nuestro tiempo, ayudará a liberarse del prejuicio. La futura patrona de las misiones confiesa: «Una carmelita que no fuera apóstol se alejaría de la meta de su vocación y dejaría de ser hija de la seráfica Santa Teresa que deseaba dar mil vidas para salvar una sola alma» (Carta a Maurice Belliére, 21-10-1896). Edith Stein, leyendo en 1921 la «Vida», se expone al misterio del encuentro de Dios y del hombre en la vivencia teresiana y llega a la fe: «Aquí está la verdad».

Pablo VI da el paso final. El 27 de septiembre de 1970 la declara Doctora de la Iglesia. Y ya en nuestros días, al comienzo del tercer milenio, invitando Juan Pablo II a caminar desde Cristo hacia la santidad y en oración, presenta a Teresa, como testigo, junto con San Juan de la Cruz, de que la vocación final humana, la «unión con Dios» por amor, es posible para todos (6 de enero de 2001: *Novo Millennio ineunte*, 33). Es lo que santa Teresa buscó, gozó y anunció en su vida, y lo que continua anunciando en sus escritos. [...]

Mié
16
Oct
2019

Evangelio del día

[Vigésimo octava semana del Tiempo Ordinario - Año Impar](#)

“¡Ay de vosotros que os encantan los asientos de honor!”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 2,1-11

Tú, que te eriges en juez, sea quien seas, no tienes excusa, pues, al juzgar a otro, a ti mismo te condenas, porque haces las mismas cosas, tú que juzgas. Sabemos que el juicio de Dios contra los que hacen estas cosas es según verdad. ¿Piensas acaso, tú que juzgas a los que hacen estas cosas pero actúas del mismo modo, que vas a escapar del juicio divino? ¿O es que desprecias el tesoro de su bondad, tolerancia y paciencia, al no reconocer que la bondad de Dios te lleva a la conversión? Con tu corazón duro e impenitente te estás acumulando cólera para el día de la ira, en que se revelará el justo juicio de Dios, el cual pagará a cada uno según sus obras: vida eterna a quienes, perseverando en el bien, buscan gloria, honor e incorrupción; ira y cólera a los porfiados que se rebelan contra la verdad y se rinden a la injusticia. Tribulación y angustia sobre todo ser humano que haga el mal, primero sobre el judío, pero también sobre el griego; gloria, honor y paz para todo el que haga el bien, primero para el judío, pero también para el griego; porque en Dios no hay acepción de personas.

Salmo de hoy

Salmo 61,2-3.6-7.9 R/. El Señor paga a cada uno según sus obras

Sólo en Dios descansa mi alma,
porque de él viene mi salvación;
sólo él es mi roca y mi salvación,
mi alcázar: no vacilaré. R/.

Descansa sólo en Dios, alma mía,
porque él es mi esperanza;
sólo él es mi roca y mi salvación,
mi alcázar: no vacilaré. R/.

Pueblo suyo, confiad en él,
desahogad ante él vuestro corazón:
Dios es nuestro refugio. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 11,42-46

En aquel tiempo, aquel tiempo, dijo el Señor:
«Ay de vosotros, fariseos, que pagáis el diezmo de la hierbabuena, de la ruda y de toda clase de hortalizas, mientras pasáis por alto el derecho y el amor de Dios! Esto es lo que había que practicar, sin descuidar aquello. ¡Ay de vosotros, fariseos, que os encantan los asientos de honor en las sinagogas y los saludos en las plazas! ¡Ay de vosotros, que sois como tumbas no señaladas, que la gente pisa sin saberlo!».

Le replicó un maestro de la ley:
«Maestro, diciendo eso nos ofendes también a nosotros».

Y él dijo:
«¡Ay de vosotros también, maestros de la ley, que cargáis a los hombres cargas insoportables, mientras vosotros no tocáis las cargas ni con uno de vuestros dedos!».

Reflexión del Evangelio de hoy

Reconocer la bondad de Dios

La carta de Pablo a los Romanos expone con toda claridad su doctrina sobre la salvación, el mensaje cristiano. El evangelio es mensaje salvador para judíos y no judíos, les recuerda. Que ninguno se erija en juez de nadie, ni con derecho a privilegio alguno, sino más bien que cada cual se mire a sí mismo y en qué medida obra bien u obra mal.

"...desprecias el tesoro de su bondad, tolerancia y paciencia, al no reconocer que la bondad de Dios te lleva a la conversión?" No es fácil hablar sobre el pecado y la conversión en contextos secularizados y bajo el relativismo moral que predomina. Tampoco en los lugares donde las radicalizaciones de tipo religioso aún pretenden dominar conciencias y estilos de vida. Todas las culturas, sociedades y personas tenemos el reto de descubrir nuestras incoherencias, injusticias y maldades, para convertirlas en bien para todos.

Acerarse al Evangelio, a la propuesta de obrar bien, siguiendo el ejemplo de Jesucristo, tiene un poder humanizador y liberador que, sólo puede descubrir quien lo haga desde la humildad y la confianza en el Dios de Jesús. Queremos alcanzar la paz, la felicidad, incluso desde la fe, por caminos de prestigio, fama, éxito, poder, saber, dominio. Nos olvidamos de lo esencial del misterio salvador: Jesús pasó por la cruz, el abajamiento total, y resucitó mostrando las llagas y heridas de su muerte.

La bondad de Dios no oculta nuestras vergüenzas, debilidades, traiciones o fracasos. No hay censura para el alcance de su bondad y su amor. Nos resulta difícil ponernos en total desnudez y sinceridad ante su presencia. Pero podemos intentar dejarnos mirar por él, descubrirnos profundamente amados, y mirar a los ojos de cualquier ser humano descubriendole también amado por Dios.

¡Ay de nosotros!

El texto de Lucas nos sitúa en el camino desde Galilea a Jerusalén. Es un camino marcado por el fin que tendrá. Jesús hace una denuncia muy fuerte a los fariseos y los maestros de la Ley. "¡Ay de vosotros, fariseos...!" ...Y ante la réplica de un maestro de la ley, le dice: "¡Ay también de vosotros...!". Cuando mi madre se enfadaba con alguno en casa, los demás procurábamos no cruzarnos con ella, porque mientras duraba el enfado, había regaño para quien se encontrase. Así parece estar Jesús en este texto. Seguro que si cualquiera le preguntamos por qué habla tan duramente, nos diría: "¡Ay de ti también...!".

Quizás en algún momento comprendamos que el camino de la búsqueda de perfección y la prepotencia de quien se cree mejor y por encima de los demás no nos sirve. Quizás nos ayuda más acercarnos a la clave del poder salvador de Jesucristo. Un cuento relata el diálogo entre un rabino y el profeta Elías:

- ¿Dónde está (el Mesías)?

-Sentado a las puertas de la ciudad.

- ¿Y cómo lo reconoceré?

-Está sentado entre los pobres cubierto de llagas. Los otros destapan sus llagas al mismo tiempo y después las tapan de nuevo. Pero él las destapa una a una y las vuelve a tapar diciéndose: "Puede que me necesiten: por si acaso, debo estar siempre listo para no perder un segundo".

Practicar el amor de Dios no nos lleva a puestos de honor, ni a santidades aparentes y huecas, ni a ser deshonestos, ni a dominar o humillar desde cualquier tipo de poder o decisión sobre otros que tengamos. Practicar el amor de Dios pasa por hacer bien, ahí en "las afueras", heridos y pobres entre los heridos y pobres, curando nuestras miserias y tratando de ocuparnos también de quien nos necesite.

El camino hacia Jerusalén lleva a Jesús a su entrega total. No nos desviemos del nuestro. Tenemos la certeza de que nunca nos va a dejar de su mano, a ninguno.



Hna. Águeda Mariño Rico O.P.
Congregación de Santo Domingo

Jue
17
Oct
2019

Evangelio del día

[Vigésimo octava semana del Tiempo Ordinario - Año Impar](#)

Hoy celebramos: **San Ignacio de Antioquía (17 de Octubre)**

"Se le pedirá cuenta a esta generación"

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos (3,21-30a)

Hermanos:

Ahora, sin la ley se ha manifestado la justicia de Dios, atestiguada por la Ley y los Profetas; justicia de Dios por la fe en Jesucristo para todos los que creen. Pues no hay distinción, ya que todos pecaron y están privados de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención realizada en Cristo Jesús.

Dios lo constituyó medio de propiciación mediante la fe en su sangre, para mostrar su justicia pasando por alto los pecados del pasado en el tiempo de la paciencia de Dios; actuó así para mostrar su justicia en este tiempo, a fin de manifestar que era justo y que justifica al que tiene fe en Jesús.

Y ahora, ¿dónde está la gloria? Queda eliminada. ¿En virtud de qué ley? ¿De la ley de las obras? No, sino en virtud de la ley de la fe.

Pues sostenemos que el hombre es justificado por la fe, sin obras de la Ley.

¿Acaso Dios lo es solo de los judíos? ¿No lo es también de los gentiles? También lo es de los gentiles, si es verdad que no hay más que un Dios.

Salmo de hoy

Salmo 129,1-2.3-4.5 R/. Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa

Desde lo hondo a ti grito, Señor;
Señor, escucha mi voz;
estén tus oídos atentos
a la voz de mi súplica. R/.

Si llevas cuenta de los delitos, Señor,
¿quién podrá resistir?
Pero de ti procede el perdón,
y así infundes temor. R/.

Mi alma espera en el Señor,
espera en su palabra;
mi alma aguarda al Señor,
más que el centinela la aurora.
Aguarde Israel al Señor,
como el centinela la aurora. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas (11,47-54)

En aquel tiempo, dijo el Señor:

«¡Ay de vosotros, que edificáis mausoleos a los profetas, a quienes mataron vuestros padres!
Así sois testigos de lo que hicieron vuestros padres, y lo aprobáis; porque ellos los mataron y vosotros les edificáis mausoleos.

Por eso dijo la Sabiduría de Dios: "Les enviaré profetas y apóstoles: a algunos de ellos los matarán y perseguirán"; y así a esta generación se le pedirá cuenta de la sangre de todos los profetas derramada desde la creación del mundo; desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, que pereció entre el altar y el santuario.

Sí, os digo: se le pedirá cuenta a esta generación.

¡Ay de vosotros, maestros de la ley, que os habéis apoderado de la llave de la ciencia: vosotros no habéis entrado y a los que intentaban entrar se lo habéis impedido! ».

Al salir de allí, los escribas y fariseos empezaron a acosarlo implacablemente y a tirarle de la lengua con muchas preguntas capciosas, tendiéndole trampas para cazarlo con alguna palabra de su boca.

Reflexión del Evangelio de hoy

El hombre es justificado por la fe en Jesucristo

San Pablo en la carta a los Romanos nos interpela desde la fe en Jesucristo que es lo que verdaderamente nos salva: frente a la antigua Ley, Jesucristo es un caudal de salvación que la desborda.

Dios no fue injusto dejando impune con su tolerancia los pecados del pasado. Al contrario, "**se propuso mostrar en nuestros días su justicia salvadora... cancelando la culpa del que apela a la fe en Jesús**".

Y por eso nos pregunta: ¿Dónde queda el orgullo? Queda eliminado por la fe.

Los judíos se sentían orgullosos de la Ley, lo más sagrado que tenían para bendecir a Dios y sus obras; se sentían también orgullosos de ser cumplidores hasta el punto de vanagloriarse. Pero se convirtió en un elemento más de esclavitud y de discriminación: pobres, mujeres, extranjeros... eran considerados impuros, y excluidos del templo.

Por eso, San Pablo, afirma que: con la fe en Jesucristo, que es inclusiva, no solo se salva Israel, sino también los pueblos gentiles. Todos son acogidos bajo el manto de su gracia.

Porque podemos caer en la tentación de señalar a muchos pecadores por el camino de la fe, y confundir nuestro papel a la hora de seguir a Jesucristo, ¿no nos estaremos erigiendo jueces de la historia de la salvación? ¿A quién le corresponde juzgar la historia? Sólo a Jesucristo.

En la plegaria Eucarística IV, del Misal Romano, en la edición de Pablo VI, cuando se hace el memento de difuntos se dice: “*Acuérdate también de los que murieron en la paz de Cristo y de todos los difuntos cuya fe sólo tú conociste*”. No sólo se pide por los que creen en Cristo, sino por todos los difuntos, que su misterio de fe sólo lo ha conocido Dios. Porque en realidad la fe es un misterio, y es un misterio sagrado en el interior de cada persona, y verdaderamente no lo llegamos a conocer por mucha confianza que se nos haya manifestado. Siempre queda “**algo misterioso**” donde no hemos podido penetrar y conocer, inaccesible para nosotros, pero no para Dios.

De ahí que, a la hora de apreciar la vida de un hermano sea necesario abandonar la actitud de enjuiciar gratuitamente su vida, porque sólo Dios la conoce. Jesús constantemente corregía a los fariseos, y a sus discípulos les enseñaba sobre esta cuestión: no juzgar sobre la vida de nadie.

Se les pedirá cuenta de la sangre derramada

Jesús recrimina la hipocresía de la sociedad que levantan mausoleos a los profetas que fueron asesinados por sus antepasados. Un mausoleo es un monumento conmemorativo de alguien especial y significativo para una sociedad por su dedicación y servicio.

Levantar un mausoleo a un profeta asesinado es como aprobar el asesinato que la sociedad anterior realizó. Es como aplaudir su muerte.

Jesús les hace ver que se le pedirá cuenta de la sangre derramada tanto de los profetas como la de los Apóstoles.

Jesús eleva su tono acusatorio, y tensa un poco más la cuerda de los que le escuchan. Se dirige a los juristas que se han quedado con la llave del saber, y les dice que ellos no han entrado e impiden cerrando el paso a que otros puedan entrar.

La no aceptación de la fe supone cerrar el paso a la comprensión del misterio de Dios. (Todo lo que podamos comprender de Él ya que nuestro conocimiento siempre será limitado, y Dios desbordará toda pretensión de conocer). Pero, aquellos que tienen la misión de enseñar esa sabiduría quedan muchas veces al margen, no son capaces de comprometerse con la sabiduría que enseñan. No son coherentes, y Dios muchas veces queda velado por la falta de testimonio de los sabios. No dejan entrar al pueblo que quiere conocer a Dios. Se han apropiado de la sabiduría que lo muestra, no la viven, y no dejan vivirla.

A veces quitamos importancia al testimonio que podamos dar a la hora de hablar de Dios. Ya hemos desterrado la imagen de un Dios vengativo y lleno de ira, y hemos aprendido que Dios es amor y nos colma con su ternura. Sin embargo, nuestra actitud está lejos del amor y la ternura propuesta por Jesús de Nazaret con sus palabras y diálogos con los más desfavorecidos y sencillos.

No podemos dejar a Dios fuera del alcance de los que no cuentan para la sociedad. Es su derecho. Dios es el derecho más fundamental para los pobres y excluidos de la sociedad, es lo más importante para su esperanza. Así que negarle el derecho de conocer a Dios es como negarle la superación de sus dificultades y sufrimiento. Dios es su esperanza.



Fray Alexis González de León O.P.
Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

San Ignacio de Antioquía

Si uno acude a un manual de Patrología —tratado sobre los Padres de la Iglesia— hallará que siempre se abre por un grupo de Padres que reciben el apelativo especial de Apostólicos, y que este grupo, que en un principio parece relativamente numeroso, va reduciéndose hasta quedarse en tres solamente, pues sólo estos tres responden de verdad a ese apelativo, y son: San Clemente de Roma, San Policarpo de Esmirna y San Ignacio de Antioquía, los únicos escritores cristianos —aparte de los autores canónicos del Nuevo Testamento— de finales del siglo I o comienzos del II, cuyos escritos expresan y dan testimonio de la doctrina predicada por los Apóstoles, con los que estuvieron relacionados de manera más o menos inmediata, y acaso personal.

Sin duda el más importante para nosotros es San Ignacio.

Las Cartas

La historia de la vida de San Ignacio se reduce, en definitiva a sus Cartas. En ellas se basa la noticia que podemos leer en la historia Eclesiástica, de Eusebio de Cesarea, que data de los primeros decenios del siglo IV. Hablando de los acontecimientos eclesiales de los tiempos del emperador Trajano (98-117), escribe, a la vez adquirían notoriedad Papías, obispo también de la iglesia de Hierápolis, e Ignacio, el hombre más célebre para muchos todavía hoy, segundo en obtener la sucesión de Pedro en el episcopado de Antioquía. Una tradición [una fuente escrita] refiere que éste fue trasladado de Siria a la ciudad de Roma para ser pasto de las fieras, en testimonio de Cristo. Al ser conducido a través de Asia, bajo la vigilancia cuidadosísima de los guardianes, iba dando ánimo con sus charlas y exhortaciones a las Iglesias de cada ciudad donde hacían parada.

[...] Si queremos resumir en una sola palabra el pensamiento y la preocupación primordial de San Ignacio, indudablemente no hallaremos otra mejor que unidad, pues él mismo se define: «Hombre aparejado para la unión», que traducirían nuestros clásicos.

Comienza proclamando la unidad de Dios desde su convicción, con toda sencillez, sin indicios de tener enfrente a nadie que la niegue. [...] La unidad de Cristo tiene enemigos, que han producido mucho daño en las comunidades de Siria y amenazan a las iglesias de Asia Menor a las que Ignacio escribe alertándolas. Frente a esos enemigos, Ignacio afirma su fe cristológica en fórmulas que seguramente ya ha fijado -al menos en parte- el uso litúrgico en la celebración del bautismo y que a finales de siglo formarán parte de la profesión de fe trinitaria emitida en el momento del bautismo y convertida finalmente en Símbolo de los Apóstoles. El acento recae sobre la naturaleza realmente humana del Salvador. Los enemigos de esta realidad humana del Señor merecen, para Ignacio, los peores calificativos: «fieras», «perros rabiosos», «lobos», «fieras en forma de hombre... Razón: solamente traen «división» y rompen toda «unidad: la de los cristianos con Cristo y la de los cristianos entre sí: rompen la unidad de la Iglesia. Como buen alumno de la escuela de Juan, Cristo es el principio y la fuente de la vida del cristiano: vida nueva, vida en la fe, vida según Dios, vida que debe tratar de imitar y reproducir la unidad «carnal y espiritual» —humana y divina— realizada en Cristo, formando misteriosa unidad con el Padre. Unido a Cristo por la fe y la caridad, el cristiano está unido, con él, a Dios. Esta unión implica, pues, la imitación, pero no una imitación consistente en copiar un modelo externo y lejano, sino un entrar en comunión con la vida divina. La comunión y unión plenas con Cristo se realizará a través de la muerte en comunión con la muerte de Cristo, «vida verdadera».

Camino de Roma

Lo cierto es que Ignacio, «el llamado también Teóforo (portador de Dios)», tuvo que ponerse en camino, como atestigua en sus cartas, para cumplir en Roma la condena por la que había de ser arrojado a las fieras. Escribe a los Efesios: pues, cuando oísteis que, por causa del Nombre [Cristo] y de la esperanza comunes, venía encadenado desde Siria con la confianza de que, gracias a vuestra oración, conseguiría luchar en Roma con las fieras para, al lograrlo, poder ser discípulo, os apresurasteis a verme» (I, 2). Y los despidió diciendo: «Rogad por la iglesia de Siria desde donde, a pesar de ser el último de los fieles de allí, soy conducido a Roma encadenado al haber sido juzgado digno de glorificar a Dios» (21, 2).

[...] Y por San Ireneo de Lyon y por Orígenes sabemos que se le cumplió su más ardiente y acariciado deseo: ser arrojado a las fieras y morir mártir: «Escribo a todas las Iglesias y anuncio a todos que voluntariamente voy a morir por Dios si vosotros no lo impedís. Os ruego que no tengáis para mí una benevolencia inoportuna. Dejadme ser pasto de las fieras por medio de las cuales podré alcanzar a Dios. Soy trigo de Dios y soy molido por los dientes de las fieras para mostrarme como pan Puro de Cristo. Halagad más bien a las fieras para que sean mi sepulcro y no dejen rastro de mi cuerpo a fin de que, una vez muerto, no sea molesto a nadie. Cuando el mundo no vea mi cuerpo, entonces seré en verdad discípulo. Pedid a Cristo por mí para que, por medio de estos instrumentos, logre ser un sacrificio para Dios (Rm 4, 1-2).

En su persona y en sus escritos, San Ignacio presenta un modo de vida cristiana centrado en la imitación de Cristo para unirse a él, y con él al Padre. La imitación suprema se da en la identificación con él en la muerte martirial. Su espiritualidad es realmente una mística del martirio, teocéntrica a la vez que cristocéntrica, eclesial y litúrgico-sacramental, posible para todo cristiano. Todas sus cartas son importantes para la historia de la Iglesia y de su doctrina, y provechosas para nutrir la vida espiritual de todo discípulo de Cristo. Pero su carta a los Romanos debiera ser de lectura y meditación diarias de todo cristiano, cosa nada difícil hoy, si hay voluntad, pues existen excelentes ediciones al alcance de todos.

Culto

La carta de San Policarpo a los Filipenses nos deja entrever que el culto a San Ignacio comenzó nada más consumarse el martirio y fue general, pues de todas partes llegan peticiones de copias de las cartas del santo.

El Martirologio Antioqueno señala como fecha de la muerte de San Ignacio el 20 de diciembre del año 107, añadiendo que la muerte fue «en el anfiteatro» de Roma, y determina ese día para su memoria. La Iglesia bizantina continúa celebrando su fiesta ese mismo día, mientras que los martirologios latinos fijaban su celebración el 1 de febrero, hasta la última reforma, que señaló el 17 de octubre.

Vie
18
Oct
2019

Evangelio del día

Vigésimo octava semana del Tiempo Ordinario

Hoy celebramos: **San Lucas Evangelista (18 de Octubre)**

“La mies es mucha y los trabajadores pocos”

Primera lectura

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo 4, 10-17b

Querido hermano:

Dimas me ha abandonado, enamorado de este mundo presente, y se marchó a Tesalónica; Crescente, a Galacia; Tito, a Dalmacia; Lucas es el único que está conmigo. Toma a Marcos y tráelo contigo, pues me es útil para el ministerio. A Tíquico lo envíe a Efeso.

El manto que dejé en Tróade, en casa de Carpo, tráelo cuando vengas, y también los libros, sobre todo los pergaminos.

Alejandro, el herrero, se ha portado muy mal conmigo; el Señor le dará el pago conforme a sus obras. Guárdate de él también tú, porque se opuso vehementemente a nuestras palabras.

En mi primera defensa, nadie estuvo a mi lado, sino que todos me abandonaron. ¡No les sea tenido en cuenta!

Mas el Señor estuvo a mi lado y me dio fuerzas para que, a través de mí, se proclamara plenamente el mensaje y lo oyieran todas las naciones.

Salmo de hoy

Salmo 144,10-11.12-13ab.17-18 R/. Tus santos, Señor, proclaman la gloria de tu reinado

Que todas tus criaturas te den gracias, Señor,
que te bendigan tus fieles.

Que proclamen la gloria de tu reinado,
que hablen de tus hazañas. R/.

Explicando tus hazañas a los hombres,
la gloria y majestad de tu reinado.
Tu reinado es un reinado perpetuo,
tu gobierno va de edad en edad. R/.

El Señor es justo en todos sus caminos,
es bondadoso en todas sus acciones;
cerca está el Señor de los que lo invocan,
de los que lo invocan sinceramente. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 10,1-9

En aquel tiempo, designó el Señor otros setenta y dos, y los mandó delante de él, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares adonde pensaba ir él.

Y les decía:

«La mies es abundante y los obreros pocos; rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies.

¡Poneos en camino! Mirad que os envío como corderos en medio de lobos. No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias; y no saludéis a nadie por el camino.

Cuando entréis en una casa, decid primero: “Paz a esta casa”. Y si allí hay gente de paz, descansará sobre ellos vuestra paz; si no, volverá a vosotros.

Quedaos en la misma casa, comiendo y bebiendo de lo que tengan: porque el obrero merece su salario. No andéis cambiando de casa en casa.

Si entráis en una ciudad y os reciben, comed lo que os pongan, curad a los enfermos que haya en ella, y decidles: “El reino de Dios ha llegado a vosotros”».

Reflexión del Evangelio de hoy

Convocados a anunciar la Palabra

En este texto de San Pablo podemos ver cómo era el día a día de aquella Iglesia naciente, de aquellos primeros cristianos que traspasan las fronteras de Israel para anunciar a Cristo Resucitado. Y no debió resultar nada fácil a tenor de las palabras del apóstol. Las instrucciones y recomendaciones que da a Timoteo así lo indican: ten cuidado, tráeme esto, habla con aquel... Organiza de manera precisa la misión en todos sus detalles ¡hasta le pide un abrigo olvidado en casa de un amigo!

Pero lo verdaderamente interesante lo encontramos al final: ..."el Señor me ayudó y me dio salud para anunciar íntegro el mensaje, de modo que lo oyeren los gentiles" San Pablo es consciente de que solo no puede nada, de que necesita la ayuda de Dios para realizar su anuncio, sin Él poco podemos hacer. Pero sobre todo es importante lo que anota al final: ..."de modo que lo oyeren los gentiles". Ya no hay un "pueblo elegido", ya no son unos pocos los llamados. El anuncio del Evangelio es para toda la humanidad, sin ningún tipo de distinción. Todos estamos convocados a participar de la Buena Nueva, de la Resurrección de Cristo, de la vida eterna. Hoy este mensaje de San Pablo está más vigente que nunca pues son muchos los "gentiles" que nunca han oído hablar de Jesús, que no conocen su mensaje. Y los que lo conocemos tenemos el deber de anunciarlo allá donde estemos, con sencillez, con naturalidad. Con la ayuda de Dios seremos los apóstoles del Siglo XXI, porque no debemos olvidar que formamos parte de una Iglesia Santa, Católica y Apostólica.

La mies es mucha y los trabajadores pocos

Esa frase debería resonar en nuestros corazones en todo momento, sobre todo para reflexionar sobre quienes son hoy los obreros. De pequeño yo pensaba que se refería exclusivamente a los sacerdotes, pero con el paso del tiempo me he dado cuenta que también nosotros, los seglares, debemos prestar nuestras manos para trabajar por el Reino de Dios. No debemos ser pasivos, limitarnos a recibir la Palabra y punto. Al contrario, debemos transmitir aquello que recibimos. Si nuestro corazón experimenta en plenitud el Mensaje de Cristo ¿Cómo podemos estar quietos? ¿Cómo no querer compartirlo?

En este pasaje Jesús envía a algunos de sus seguidores a predicar por los caminos y los pueblos con instrucciones muy precisas. Ellos ya conocían el mensaje y ahora les explica cómo hacerlo llegar. Y no solo de palabra, también con obras... "curad a los enfermos". Nosotros también debemos sentirnos llamados por el Señor, enviados a predicar la Buena Nueva en nuestro mundo. No hace falta tener el don de lenguas, hace falta un corazón enamorado de Cristo. No puedo evitar recordar cómo, siglos después, Nuestro Padre Santo Domingo hizo lo mismo con sus primeros frailes ante el asombro de todos: los dispersó en vez de encerrarlos en un convento, los mandó a anunciar el Evangelio a todas partes y esa es nuestra misión hoy en el mundo. Frailes y monjas, seglares y jóvenes, amas de casa y trabajadores: todos a una.

La mies es mucha, muchísima. Nuestro mundo de hoy vive de espaldas a Dios, hay demasiadas interferencias y se hace necesario separar la paja del grano, hacer ver a nuestros amigos, a nuestros compañeros y vecinos que Cristo vive por ellos. Hacen falta brazos para trabajar ¿Estás dispuesto a prestar los tuyos al Señor?



D. Luis Maldonado Fernández de Tejada, OP
Fraternidad Laical de Santo Domingo, de Almagro

San Lucas Evangelista

San Lucas nació en Antioquía de Siria en el seno de una familia pagana a comienzos del siglo primero de nuestra era. En su juventud recibió una esmerada educación y más tarde se dedicó al ejercicio de la medicina. Después de su conversión al cristianismo, acompañó a San Pablo en sus dos últimos viajes, y le asistió durante su cautividad en Roma. Fue en esta época de su vida cuando conoció a otros apóstoles y discípulos que le hablaron de Jesús y de la extensión del cristianismo por Judea y Samaria. Gracias a esta información pudo componer una extensa obra en dos volúmenes, que conocemos actualmente como el Evangelio según San Lucas y el libro de los Hechos de los Apóstoles. A la muerte de San Pablo, San Lucas continuó su labor evangelizadora en Dalmacia, tierras yugoslavas, Galia, Italia y Macedonia. Después de llevar una vida célibe, murió, siendo ya anciano, en Beoda. Más tarde su cuerpo fue enterrado en Constantinopla, y posteriormente fue trasladado a Padua. Desde antiguo tuvo fama de artista y se le atribuyeron las primeras representaciones pictóricas de la Virgen María.

Compañero de San Pablo

El dato más fiable de todos los que tenemos sobre San Lucas es que fue colaborador de San Pablo, pues en los saludos finales de la Carta a Filemón, escrita personalmente por el apóstol, se le menciona junto con Epafras, Marcos, Aristarco y Demás, que también fueron colaboradores suyos en la tarea del evangelio (Flm 23).

[Unos pasajes de los Hechos de los Apóstoles tienen un estilo literario del que se pueden extraer algunas conclusiones acerca de la relación entre Lucas y Pablo]. Estos pasajes, que se encuentran en Hch 16-28 (Hch 16, 10-17; 20, 5-15; 21, 1-8; 27, 1-28,16), se conocen con el nombre de «pasajes nosotros», y se caracterizan porque en ellos se pasa de forma inesperada de la tercera persona del singular (habla el narrador) a la primera persona del plural (habla un grupo que parece haber sido testigo ocular de lo que se narra). Con frecuencia se afirma que estos pasajes están escritos en primera persona porque reflejan la experiencia de San Lucas como compañero de San Pablo. Si Lucas, el colaborador de Pablo y el autor de estas secciones del libro de los Hechos son la misma persona, la relación entre ellos podría reconstruirse con bastante detalle. San Lucas se unió a San Pablo en Filipos, al comienzo de su misión en Grecia (Hch 16, 10-17), y le acompañó hasta su viaje a Jerusalén (Hch 20, 5-15; 21, 1-8). Estos viajes cubren un período de tiempo que va desde el año 51 hasta el 58. Durante el tiempo que duró el arresto de Pablo en Jerusalén primero, y en Cesarea después, San Lucas habría permanecido cerca de él, y habría tenido ocasión de conocer a las comunidades de Judea y Samaria, en las que pudo recabar información para la posterior composición de su obra en dos volúmenes. Dos años después de su llegada a Jerusalén, San Lucas emprendió junto a San Pablo un accidentado viaje que le llevó a Roma (Hch 27, 1-28, 16). Allí permaneció acompañándole en su cautiverio hasta el año 66 (2Tm 4, 11).

Según esta reconstrucción de los hechos, San Lucas habría pasado junto a San Pablo los quince años más importantes de la vida de éste, aquellos en los que anunció el Evangelio en las comunidades de Grecia, y en los que escribió todas sus cartas. San Lucas pudo conocer no sólo los detalles de su personalidad y de su actividad como misionero, sino también su pensamiento.

Autor del Evangelio según san Lucas y del libro de los Hechos

Si San Lucas era originario de Antioquía, y además pasó dos años en las comunidades de Judea y Samaria durante el cautiverio de San Pablo en Jerusalén y en Cesarea, las afirmaciones sobre la composición del Evangelio según San Lucas y el Libro de los Hechos podrían tener un serio fundamento histórico. San Lucas habría tenido ocasión de informarse acerca de los hechos que no había presenciado personalmente, primero en Antioquía y luego durante su estancia en Judea y Samaria. Estas informaciones estarían recogidas en el Evangelio que lleva su nombre y en los quince primeros capítulos del libro de los Hechos. Sin embargo, desde el capítulo dieciséis hasta el final de Hechos habría recogido su propio testimonio y el de otros compañeros cie San Pablo. Estos datos concuerdan con lo que el mismo autor del Evangelio, que lo es también de los Hechos (1, 1), nos dice en el prólogo de su primer libro acerca de las fuentes utilizadas en la composición de toda la obra (Lc 1, 1-4):

»Ya que muchos se han propuesto componer un relato de los acontecimientos que se han cumplido entre nosotros, según nos lo transmitieron quienes desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la Palabra, me ha parecido también a mí, después de haber investigado cuidadosamente todo lo sucedido desde el principio, escribirte una exposición ordenada, ilustre Teófilo, para que llegues a comprender la autenticidad de las enseñanzas que has recibido.»

La tradición cristiana es unánime en atribuir estos libros a Lucas, el compañero de Pablo. Se trata de una tradición antiquísima, que se encuentra ya en Ireneo, cincuenta o sesenta años después de la composición de la obra lucana. Y es además una tradición fiable, en el sentido de que no se atribuyeron estos escritos a un apóstol del Señor (como ocurrió con otros Evangelios), o a un personaje importante (como ocurrió con algunas de las cartas), sino a un personaje secundario y en cierto modo oscuro, cuyo único título consistía en haber sido compañero de San Pablo, un privilegio que, por lo demás, muchos otros podían aducir.

Los últimos años de la vida de san Lucas

Las noticias que tenemos sobre los últimos años de la vida de San Lucas tienen un fundamento histórico menos sólido. La noticia tardía de Epifanio, según la cual San Lucas evangelizó Dalmacia, Galia, Italia y Macedonia, es legendaria. Legendaria es también la tradición de que, en los últimos años de su vida, pintó algunos retratos e iconos de la Virgen. Esta tradición podría tener su origen en una noticia transmitida tardíamente por Teodoro Lector (siglo VI d.C.), según la cual la emperatriz Eudocia encontró en Jerusalén una pintura de la Madre de Dios y la envió a Constantinopla.

Es posible que las noticias sobre su muerte en Beocia y sobre su entierro en Constantinopla sean más fiables.

Santiago Guijarro Oporto, O.D.

Sáb
19
Oct
2019

Evangelio del día

Vigésimo octava semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“Como todo depende de la fe, todo es gracia”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 4,13. 16-18

Hermanos:

No por la ley sino por la justicia de la fe recibieron Abrahán y su descendencia la promesa de que iba a ser heredero del mundo.

Por eso depende de la fe, para que sea según gracia; de este modo, la promesa está asegurada para toda la descendencia, no solamente para la que procede de la ley, sino también para la que procede de la fe de Abrahán, que es padre de todos nosotros.

Según está escrito: «Te he constituido padre de muchos pueblos»; la promesa está asegurada ante aquel en quien creyó, el Dios que da vida a los muertos y llama a la existencia lo que no existe.

Apogado en la esperanza, creyó contra toda esperanza que llegaría a ser padre de muchos pueblos, de acuerdo con lo que se le había dicho:

«Así será tu descendencia».

Salmo de hoy

Salmo 104,6-7.8-9.42-43 R/. El Señor se acuerda de su alianza eternamente.

¡Estirpe de Abrahán, su siervo;
hijos de Jacob, su elegido!
El Señor es nuestro Dios,
él gobierna toda la tierra. R/.

Se acuerda de su alianza eternamente,
de la palabra dada, por mil generaciones;
de la alianza sellada con Abrahán,
del juramento hecho a Isaac. R/.

Porque se acordaba de la palabra sagrada
qué había dado a su siervo Abrahán,
sacó a su pueblo con alegría,
a sus escogidos con gritos de triunfo. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 12, 8-12

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Todo aquel que se declare por mí ante los hombres, también el Hijo del hombre se declarará por él ante los ángeles de Dios, pero si uno me niega ante los hombres, será negado ante los ángeles de Dios.

Todo el que diga una palabra contra el Hijo del hombre podrá ser perdonado, pero al que blasfeme contra el Espíritu Santo no se le perdonará.

Cuando os conduzcan a las sinagogas, ante los magistrados y las autoridades, no os preocupéis de cómo o con qué razones os defenderéis o de lo que vais a decir, porque el Espíritu Santo os enseñará en aquel momento lo que tenéis que decir».

Reflexión del Evangelio de hoy

Todo depende de la fe, todo es gracia

San Pablo sigue en sus trece. Sigue argumentado, como en las lecturas de días anteriores, en la superioridad de la fe sobre las obras. En los versículos de la lectura de hoy lo dice claramente. Lo primero en Abrahán fue su fe en la promesa recibida de Dios. "No fue la observancia de la ley, sino la fe, la que obtuvo para Abrahán y su descendencia la promesa de heredar el mundo".

A partir de ahí, a partir de la fe, viene todo lo demás y vienen también las obras de Abrahán en la línea de obedecer siempre a Dios. Pero el punto de partida es la fe, el fiarse y confiar en lo que dice el Señor. "Como todo depende de la fe, todo es gracia". Ningún creyente en Dios, ni en los tiempos de Abrahán, ni en los tiempos de Jesús, que son los nuestros, puede presentarse ante Él y exigirle sus favores aduciendo las obras buenas que ha realizado. El primer paso siempre lo ha dado y lo sigue dando Dios. Él es el que gratuitamente, porque quiere, porque le brota de su corazón, hace la promesa a Abrahán... luego vienen las obras buenas de Abrahán. En el Nuevo Testamento, nuestro Dios sigue siendo el mismo, pero ahora, gracias a Jesús, conocemos más detalles de él. Porque quiere, porque nos quiere nos ofrece gratuitamente el regalo de su vida divina, de hacernos sus hijos, no lo hace como pago a nuestras buenas obras. Es un regalo que él nos hace. Una vez que hemos aceptado su regalo vienen nuestras buenas obras, comportándonos en nuestro actuar como hijos tuyos y como hermanos de todos los hombres. Lo primero, la fe, es lo primero. Lo segundo, las obras, también es importante pero viene después de lo primero. Sin lo primero no habría segundo.

Al que ante los hombres se pone de parte del Hijo del Hombre, él se podrá de su parte ante los ángeles de Dios

Las primeras palabras de Jesús en el evangelio de hoy, las entendemos con facilidad. El que se ponga delante de los hombres de parte de Jesús, el Hijo del Hombre, él hará lo mismo ante "los ángeles de Dios". Y el que le niegue ante los hombres, de la misma forma, él lo negará ante "los ángeles de Dios". Estas palabras suyas las entendemos mejor con lo que nos dice a continuación sobre el perdón: "Al que hable contra el Hijo del Hombre se le podrá perdonar". El ofrecimiento de perdón por parte de Dios llega hasta perdonar, suponemos que con el debido arrepentimiento, al que haya hablado mal de Jesús.

Perplejos nos deja la otra afirmación de Jesús: "al que blasfeme contra el Espíritu Santo, no se le perdonará". ¿Cómo hacer compatible esta afirmación con el ofrecimiento continuo por parte de Dios de su perdón y de su amor? Los exégetas buscan una explicación. La más común entre ellos es que no se puede perdonar al que blasfeme contra el Espíritu Santo porque es el que viendo la luz, el que viendo su mal, no quiere arrepentirse, no quiere recibir el perdón, es "el que rechaza y resiste con obstinación al Espíritu Santo".



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Dom
20 Oct

Homilía de XXIX Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2018 - 2019 - (Ciclo C)

"Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?"

Introducción

La Palabra de Dios se centra este domingo en un reclamo por la perseverancia en la oración. La oración es el primer fruto emanado de la fe, pues aceptar la existencia de un Dios que nos ama y nos salva es la fuente de la que bebe toda conversación filial con Dios. Y toda conversación filial busca prolongarse y acrecentarse. A esto llamamos perseverancia en la oración.

Pero este domingo se celebra también el Domingo de la Propagación de la Fe. La celebración del día de la propagación de la fe nos trae a las personas mayores el recuerdo de aquellas huchas para depositar nuestras limosnas y quizás con la figura de un niño de tierras extrañas que solicitaba nuestra limosna a favor de los desposeídos. Pero en realidad era una interpretación defectuosa y confusa de dos preceptos diversos: propagar la fe y solidaridad con los necesitados. Hoy esto segundo lo cumplen muchas beneméritas ONG. Pero hay otras necesidades que no podemos olvidar: remediar las necesidades de quienes no pueden conocer a Dios, de quienes nunca han oído hablar de un Dios que nos salva o no han oido hablar de quien nos ha creado por amor y ha pronunciado sobre toda la humanidad el perdón a todos los arrepentidos.

Ha llovido mucho desde aquellos tiempos de las huchas con cabezas de niños. Pero sigue existiendo y cada vez es más urgente dedicar un día a la Propagación de la Fe. Hoy nosotros somos conscientes de que hay dos miserias que antes no distinguíamos bien: la de quienes ignoran completamente a Dios y la de millones de seres que carecen de lo necesario para la vida. Son dos miserias y no solo una. Y ambas no coinciden en los mismos sitios y personas ni se remedian de igual modo. Y tampoco nos avergoncemos de recordar que ambas tareas necesitan de bienes económicos y del servicio de personas dedicadas a ellas. Sí; hay que pedir prestaciones económicas para ambas tareas y disponibilidad de personas para ambas tareas.

Es posible que a los comentaristas del evangelio de hoy les sea difícil ensamblar el precepto de constancia en la oración y el mandato de anunciar la fe a todos los hombres. Porque es necesario recordar y urgir ambas cosas si queremos trasmisir fielmente la Palabra de Dios.



Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Exodo 17, 8-13

En aquellos días, Amalec vino y atacó a Israel en Refidín. Moisés dijo a Josué: «Escoge unos cuantos hombres, haz una salida y ataca a Amalec. Mañana yo estaré en pie en la cima del monte, con el bastón de Dios en la mano». Hizo Josué lo que le decía Moisés, y atacó a Amalec; entretanto, Moisés, Aarón y Jur subían a la cima del monte. Mientras Moisés tenía en alto las manos, vencía Israel; mientras las tenía bajadas, vencía Amalec. Y, como le pesaban los brazos, sus compañeros tomaron una piedra y se la pusieron debajo, para que se sentase; mientras, Aarón y Jur le sostenían los brazos, uno a cada lado. Así resistieron en alto sus brazos hasta la puesta del sol. Josué derrotó a Amalec y a su pueblo, a filo de espada.

Salmo

Salmo 120, 1-2, 3-4, 5-6, 7-8 R. Nuestro auxilio es el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra.

Levanto mis ojos a los montes: ¿de dónde me vendrá el auxilio? El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra. R/. No permitirás que resbale tu pie, tu guardián no duerme; no duerme ni reposa el guardián de Israel. R/. El Señor te guarda a su sombra, está a tu derecha; de día el sol no te hará daño, ni la luna de noche. R/. El Señor te guarda de todo mal, él guarda tu alma; el Señor guarda tus entradas y salidas, ahora y por siempre. R/.

Segunda lectura

Lectura de la segunda carta del Apóstol San Pablo a Timoteo 3, 14 – 4, 2

Querido hermano: Permanece en lo que aprendiste y creíste, consciente de quiénes lo aprendiste, y que desde niño conoces las Sagradas Escrituras: ellas pueden darte la sabiduría que conduce a la salvación por medio de la fe en Cristo Jesús. Toda Escritura es inspirada por Dios y además útil para enseñar, para argüir, para corregir, para educar en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para toda obra buena. Te conjuro delante de Dios y de Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y a muertos, por su manifestación y por su reino: proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye, reprocha, exhorta con toda magnanimidad y doctrina.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 18, 1-8

En aquel tiempo, Jesús decía a sus discípulos una parábola para enseñarles que es necesario orar siempre, sin desfallecer. «Había un juez en una ciudad que ni temía a Dios ni le importaban los hombres. En aquella ciudad había una viuda que solía ir a decirle: "Hazme justicia frente a mi adversario". Por algún tiempo se estuvo negando, pero después se dijo a sí mismo: "Aunque ni temo a Dios ni me importan los hombres, como esta viuda me está molestando, le voy a hacer justicia, no sea que siga viniendo a cada momento a importunarme"». Y el Señor añadió: «Fijaos en lo que dice el juez injusto; pues Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que claman ante él día y noche?; ¿o les dará largas? Os digo que les hará justicia sin tardar. Pero, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?».

Pautas para la homilía

Dios no es un juez sobornable como el de la parábola

Hay un tema básico en esta palabra de Dios y la expresa nítidamente el evangelista al comienzo de su relato: tenemos que orar siempre sin desanimarnos y con firmeza perseverancia. Lo demás es una parábola para recordar esta norma. Y la amonestación a la perseverante oración deriva de que la oración es el ejercicio físico para mantener viva la esperanza de nuestra vida. La oración fluye espontáneamente de nuestra fe en un Dios creador y padre nuestro y confiesa espontáneamente nuestra dependencia y sujeción a un Dios que es padre nuestro. Orar es vivir en comunión diaria con quien se lo debemos todo y, al mismo tiempo, confesar nuestra identidad vivida en cada acto de nuestra vida. Es algo así como sentirse en la familia de Dios Trino y dejar que nuestra existencia lo perciba y experimente en cada instante. De ahí que invitar a orar sin cesar es invitar a vivir en comunión. Y perseverar en esa vida sin desanimarse, sin aflojar, sin distraerse, porque hablamos de una vida que solo en Dios tiene razón de ser ("Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá", Mt 7,7, se nos amonesta en otro lugar). Por ello la fe ora confiadamente y espera también con firmeza. El desanimarse o ceder en la oración es lo mismo que decaer en nuestra fe y desanimarse en la esperanza.

Y sin embargo cabe sucumbir a la tentación de no perseverancia en la oración. Cabe, en efecto, el berrinche del niño en familia que no obtiene las cosas que desea o en el tiempo que él desearía. Y esto sí es posible y de ahí que la oración del cristiano pueda ser tentada de cansancio o dejación porque las cosas que desearía no se le conceden el tiempo y en la forma y medida que a él le gustaría. Pero eso ya es una falta de fe, que confiesa a Dios como creador y Padre Todopoderoso e intenta sustituirlo por sus veleidades, y también de esperanza, que es camino seguro para alcanzar e identificarse con la voluntad de Dios mientras que el orante quisiera que fuera identificación con su persona humana, es decir, no es la esperanza teologal sino esperanza en una criatura humana por alcanzar sus gustos.

Tiene menor importancia la parábola del juez con la que el evangelio ilustra la norma de la perseverancia. Pudiera alguien pensar, por ejemplo, que Dios es un juez perverso como el juez que relata el evangelio y que solo nos atiende para que el orante "deje de importunarnos" o podría alguien imaginarse a un Dios repartiendo en el cielo y deseoso de que nadie le moleste intempestivamente con ruegos inoportunos y que concede las cosas solo por liberarse de ese

fastidio, como parece ser la conducta del juez de la parábola. Nada de eso. La oración es una charla íntima con un padre que nos habla, nos atiende y comprende nuestras más corrientes necesidades. Dios está esperando nuestra oración como el amante espera la contestación afectiva del amado. Y cuanto más rezamos más inclinamos hacia nosotros el amor y la gracia de quien se ha proclamado padre amantísimo de todo el que reza confiadamente.

Dejar de orar es perder calidad espiritual y arruinar toda esperanza

La plegaria es el alimento de toda fe y echar el ancla de nuestra esperanza vital. Por ello si remite nuestra oración remiten también los grandes ideales de nuestra vida cristiana como son el ideal de evangelizar los pueblos ("proclama la palabra e insiste a tiempo y destiempo": 2 Tim 3,14-4,2; II lectura de hoy), el secundar la vocación a los estados de vida cristiana, el contribuir a la paz entre los pueblos, el remediar las necesidades físicas de tantos seres humanos.

Escenificación de la permanencia en la oración

Las lecturas de hoy nos proporcionan una imagen significativa de esa perseverancia en la oración. Es la escena que hemos oido en la primera lectura. Moisés ascendió a la suma del monte para orar a Dios por la victoria de los israelitas contra los amalecitas que les impedían el paso a la tierra prometida. Y fue tan perseverante la oración de Moisés con los brazos en alto que se le llegaron a cansar sus brazos y los que estaban con él le pusieron una piedra para que se sentara y le ayudaron a mantener los brazos en alto. Y así permaneció el final de I día en que los israelitas obtuvieron de Dios el triunfo sobre los enemigos. No bajó los brazos de la oración y perseveró largo tiempo en la súplica a Dios. Mantener siempre los brazos alzados en oración hasta quedar exhausto es la mejor escenificación de lo que es perseverancia en nuestra oración.



Fr. Antonio Osuna Fernández-Largo O.P.
Convento de San Esteban (Salamanca)

Evangelio para niños

XXIX Domingo del tiempo ordinario - 20 de octubre de 2019



El juez inicuo y la viuda

Lucas 18, 1-8

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, Jesús, para explicar a los discípulos cómo tenían que orar siempre sin desanimarse, les propuso esta parábola: - Había un juez en una ciudad que ni temía a Dios ni le importaban los hombres. En la misma ciudad había una viuda que solía ir a decirle: "Hazme justicia frente a mi adversario"; por algún tiempo se negó, pero después se dijo: "Aunque ni temo a Dios ni me importan los hombres, como esa viuda me está fastidiando, le haré justicia, no vaya a acabar pegándome en la cara". Y el Señor respondió: - Fijaos en lo que dice el juez injusto; pues Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que le gritan día y noche?, ¿o les dará largas? Os digo que les hará justicia sin tardar. Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?

Explicación

Jesús nos pone un ejemplo para que comprendamos que la oración debe ser insistente, constante, habitual: En un pueblo había un juez injusto. Una mujer viuda iba cada día a decirle: ¡Hazme justicia contra quien me trata mal! Pero el juez no la hacía caso. No obstante, ella insistía y todos los días le pedía justicia. Por fin, el juez, cansado de la mujer, atendió su reclamación. Si habláis a vuestro Padre Dios cada día os hará justicia. No os canséis.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

Narrador: En aquel tiempo, Jesús, para explicar a sus discípulos cómo había que rezar sin desanimarse, les propuso una parábola.

Discípulo1: Maestro, enséñanos a orar. Nos has dicho muchas veces cómo hay que rezar, pero no da resultado.

Discípulo2: Yo empiezo a desilusionarme, ¿seguro que no te equivocaste al enseñarnos a rezar?

Jesús: Vale, os lo repetiré a ver si ahora queda claro. Para rezar debéis decir «Padre nuestro, que estás en el cielo...»

Discípulo1: ¡Eso, Jesús, ya lo sabemos! Lo hemos rezado así muchas veces.

Discípulo2: Pero Dios no nos escucha.

Jesús: Tenéis que seguir rezando ... ¡sin desanimaros! Sentaos aquí, os voy a contar una parábola: «Había una vez un juez en una ciudad que no tenía respeto a Dios ni a los hombres»

Discípulo1: ¡Menuda pieza, vaya caradura!

Jesús: «En la misma ciudad había una mujer viuda que lloraba ante el juez, diciendo:

Viuda: ¡Por favor, te lo ruego, hazme justicia frente a mi adversario!

Jesús: «Pero el juez se negaba una y otra vez, hasta que un día pensó:

Juez: Aunque no temo a Dios, ni me importan los hombres, como esa viuda me está fastidiando, le haré justicia, no sea que acabe por pegarme en la cara.

Jesús: «Fijaos en lo que le dice el juez injusto a la viuda»

Juez: Está bien, está bien. Anda, ven conmigo y te haré justicia.

Jesús: ¿Creéis que Dios no os escuchará a vosotros si le gritáis día y noche? ¿Va a daros largas?

Discípulo2: Entonces, ¿hay que insistir más y más, para que Dios Padre nos haga caso?

Discípulo1: ¡Pues ya verá el Padre Dios lo pesado que me pongo! ¿Seguro que nos escuchará?

Jesús: Seguro, y os hará justicia sin tardar.

Discípulo2: Es muy difícil pedir al padre con tanta fe

Discípulo 1: Además, nunca sabemos si él está de acuerdo con lo que le pedimos.

Jesús: Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará esta fe tan grande en la tierra?

Narrador: Si somos cristianos, debemos rezar siempre y mucho. Para que cuando veamos de nuevo a Jesús, al fin de los tiempos, podamos acogerlo y reconocerlo. Y él, seguro que se acordará de nosotros.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández